

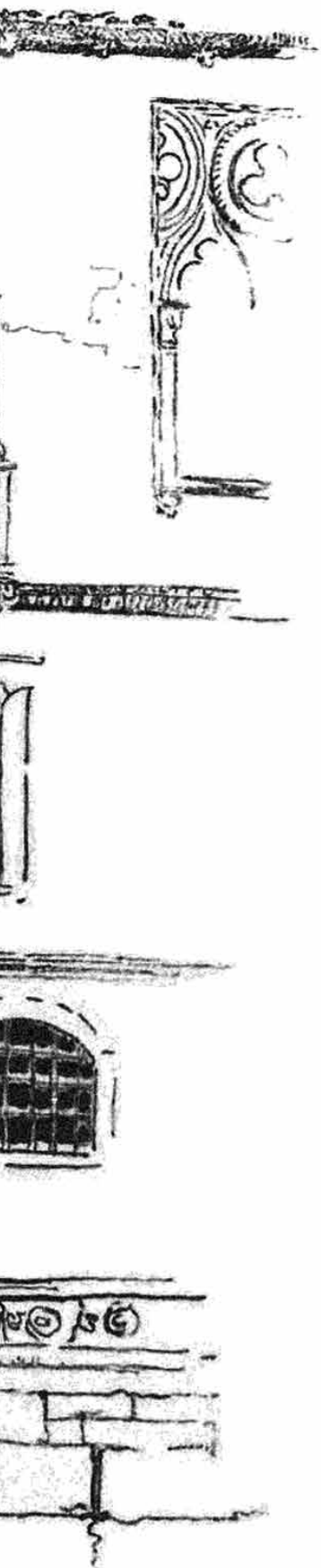
# Casa

*Dalí Corona*

NO SE OLVIDE, SEÑORA, DE ESTA COLONIA DE CLASE MEDIA colocada por los dioses en el centro del sur de la ciudad. Aquí también hay carne dispuesta para servir de adobe a los muros de su casa. Aquí también, y más que en otras zonas, los niños juegan a las atrapadas afuera de la escuela; hay un parque por cada doscientos habitantes y estoy seguro que su hoz perdería el filo en una tarde. Venga aquí, Señora, yo la invito. Ya estoy cansado de ver cómo ocupa su día en áreas marginadas, cómo se ensaña en lugares donde su presencia ya no espanta, al contrario.

Hay días lunes en que salir es imposible, en que me quedo solo en casa esperando que el invierno arrase con padres de familia y niños,





con los ancianos que oscurecen las bancas de los parques. Hay días, Señora,  
en que desearía tener una casa con patio trasero y una cerca de madera  
en el corazón de Chernóbil,  
quedar aislado. Por eso hoy le ruego que visite mi colonia, que tome por  
asalto  
las calles alrededor de mi edificio. Desaparezca a mi vecina.

Camiones, sí, camiones de carga y de volteo son el paisaje que germina  
en los oídos,  
que se extiende como el musgo, que llena la cabeza con su moho.

Pero si usted pudiera, ay, por un instante llegar hasta mi casa y desolar su  
alrededor, si  
usted pudiera, ay, con sus manos que no son manos acariciar el pelo de  
los niños  
y sentarlos plácidamente en sus rodillas,  
yo dibujaría en las paredes del aire su cuerpo a todas luces, le cambiaría,  
por su nombre,  
el nombre a mi edificio,  
pero usted se niega a venir y mi cuerpo comienza a parecerse más a esta  
región colmada de ruido  
y hollín desmesurado.  
Ah, Soledad, divino tesoro, cuánta neurosis hecha lava entre mis ojos,  
cuánta rabia acumulada  
entre las manos.

Marchitos y famélicos caballos intentan cabalgar sobre mis venas.  
Marchitos y famélicos cantando, cantando una canción de despedida. ■■